

ducta, y con una severidad inaudita le recordaban sus deberes.

No pudo resistir á aquella prueba.

Su dolencia se agravó, y precisamente en los momentos en que Colón partía para Sevilla con muy pocos de los suyos y algunos indios, porque de la tripulación uno había muerto y tres quedaban enfermos en Palos, caminaba recibiendo ovaciones por todas partes, á Barcelona, donde le aguardaban los reyes con ansia; en aquellos momentos, repito, espiraba Martín Alonso Pinzón, presa de agudos dolores, dando un ejemplo al mundo de la justicia de la Providencia.

En efecto, aquel hombre audaz é intrépido marino, profundo geógrafo, hombre rico y honrado, aquel hombre cuya vida había sido un ejemplo, tuvo un instante de debilidad, fué discolo y empañó su gloria.

Sin embargo, él era uno de los primeros que habían comprendido á Colón y se habían animado á llevar á cabo su empresa; uno de los que más habían trabajado para armar las carabelas; y, por último, sin su auxilio quizás no se hubiera llevado á cabo su empresa, porque le proporcionó dinero á Colón, suficiente para contribuir á pagar los gastos de la expedición, interesándole en la octava parte de las ganancias.

La infidelidad le había engañado.

¡Ofreciéndole la gloria, había abierto para él un sepulcro!

Capítulo XXIII.

Donde se vé cómo España recibe á Colón á su vuelta del Nuevo-Mundo.

Al llegar á Sevilla recibió Colón un mensaje de los reyes, en cuyo sobreescrito leyó con júbilo estas líneas:

«A don Cristóbal Colón, nuestro almirante del mar Océano, virey y gobernador de las islas descubiertas en las Indias.»

Disponíase Colón en los momentos en que recibió aquella epístola á dirigirse á Baeza, con el objeto de ver á su hijo Fernando y á sus dos amigos Inés y Beltrán.

Pero en la carta le manifestaban los soberanos su alegría, le pedían con insistencia que volase á la corte á darles cuenta de su viaje, y le ordenaban asimismo que aprovechase su estancia en la capital de Andalu-

cia para hacer los preparativos de una nueva expedición con mayor número de buques y de gente, ofreciéndole los recursos que necesitase para continuar la conquista de aquellas vastas posesiones.

Los reyes le anunciaban que era tan grande su contento, que le recompensarían el triunfo que acababa de ofrecerles en mucho más de lo que se habían propuesto al principio.

Colon, que, en efecto, deseaba volver cuanto antes á aquellos países donde tan buena acogida había encontrado, tomó las medidas necesarias á fin de que á su vuelta pudiera esperarle una verdadero escuadra, añadió á las noticias que había dado á los reyes nuevos y más extensos datos, y no pudiendo detenerse en Baeza, á pesar suyo salió para Barcelona, llevando en su compañía seis indios y cuantas curiosidades y productos había recogido en el Nuevo Mundo, para ofrecerlos á los reyes de Castilla y de Aragon.

La noticia de la llegada del almirante, de su descubrimiento y del júbilo con que habían recibido su regreso los reyes cundió con gran velocidad, y el nombre de Colon fué pronunciado por todo el mundo, siendo infinitos los comentarios que se hacían de su viaje y las versiones que circulaban acerca de los objetos raros que llevaba consigo.

Todos los habitantes de los pueblos próximos á los que había en la carretera por donde debía pasar el almirante con su comitiva corrían á su encuentro, y cuando él pasaba por las calles, los balcones, las

ventanas estaban siempre llenas de espectadores que le vitoreaban y que asistían con verdadera curiosidad é interés á aquel espectáculo tan grandioso como nuevo.

Asediábanles al mismo tiempo á preguntas, y nada hay comparable al júbilo que experimentaba Colon durante el viaje triunfal, que le resarcía de los inmensos disgustos que durante la primera parte de su vida había pasado.

¡Cuántas veces había recorrido aquel mismo camino sin aparato, sin ruido, sin que nadie sospechase el génio que llevaba en su mente!

¡Cuántas veces aquellos árboles, aquellas tierras, aquellos montes que presenciaban su triunfo habían sorprendido en sus ojos lágrimas de desesperación y abatimiento!

Pero por muchos que hubieran sido sus dolores, la gloria le resarcía grandemente de aquellas horas de pesar con los momentos de alegría que el entusiasmo público le brindaba á cada paso.

Por fin llegó Colon á mediados de Abril á Barcelona.

Se habían hecho grandes preparativos para recibirle.

El tiempo era hermoso.

Parecía tomar parte en la alegría general y el cielo era de un color azul puro.

Los rayos del sol parecían más brillantes.

Los árboles estaban cubiertos de hojas.

Los vergeles de flores.

Los arroyuelos bordaban los prados, y los rayos del sol, reflejándose en sus aguas, parecían guirnaldas de brillantes.

La juventud de Barcelona, representada por los hijos de los grandes señores que allí había, dispusieron una gran cabalgadura para salir al encuentro de Colon.

Desde muy temprano montaron en los briosos corceles y fueron á esperarle.

Una inmensa muchedumbre les seguia con flores y coronas de laurel que pensaba arrojar al héroe.

A su llegada hubo una explosion de entusiasmo.

Aplausos, vítores, aclamaciones, resonaron al lado suyo, confundiéndose con el repique de las campanas, con los sonidos de músicas próximas y lejanas que simbolizaban la alegría.

A sus piés caian millares de flores.

Ningun guerrero de la antigüedad al volver vencedor á sus lares, recibió mayores pruebas del entusiasmo público, de la admiracion universal.

Bien es verdad que nada había más nuevo, más pintoresco para aquella muchedumbre que la comitiva á cuya cabeza iba Colon.

Rompian la marcha los seis indios con coronas formadas por plumas de colores de los pájaros de América, con adornos de oro y piedras finas.

Llevaban el rostro y el cuerpo pintado de gala.

Las orejas y las narices con zarcillos de oro.

Tambien ostentaban collares de oro y piedras finas.

Detrás de estos, conducidas por esclavos, iban las aves que Colon había recogido para agasajar á los reyes, el oro y las joyas que había atesorado en su expedicion.

Despues seguia Colon á caballo, rodeado de un espléndido séquito, formado por la nobleza española.

Las calles que conducian hasta la iglesia estaban empavesadas.

Las ventanas, los balcones, los tejados, literalmente cubiertos de espectadores ávidos de saludar al ilustre genovés, al inmortal Colon, de asistir á su apoteosis; y éste, embriagándose en el triunfo, no pensaba, no podia pensar en las amarguras que más tarde servirian de triunfo á sus heróicos sacrificios.

No le esperaban con ménos ánsia los reyes.

Para recibirle con más ostentacion, habían dispuesto que se colocase en público su trono bajo un rico dosel de brocado de oro, y en uno de los más espaciosos salones del alcázar.

El rey y la reina, el príncipe don Juan á su lado, en torno suyo los dignatarios de la córte y lo más escogido de la nobleza aragonesa y castellana, catalana y andaluza, valenciana y gallega, todos vestidos de gala, todos luciendo ricas joyas, aguardaban con impaciencia al génio que tantos dias de gloria había proporcionado á España.

¡Cuánto había envejecido Colon desde su llegada por la primera vez á aquella nacion en dónde iba á encontrar el premio de sus afanes!

Las lágrimas que había devorado, los pesares que

habia sufrido habian hecho que blanqueciesen sus cabellos cuando todavía brillaba en sus ojos el fuego, el entusiasmo de la juventud.

Pero aquella blanca cabellera que adornaba sus sienes, inspiraba veneracion al mismo tiempo que admiracion su génio.

A su llegada resonaron las músicas, y las gentes que esperaban en los patios del alcázar, en las escaleras, en los salones, le vitorearon.

Los soberanos á su llegada se pusieron en pié, y doblando Colon la rodilla:

—Dénme vuestras majestades las manos para besarlas, —exclamó profundamente conmovido.

Los reyes vacilaron en permitirle llevar á cabo aquel acto de vasallaje.

Le consideraban en mucho más, y mandándole levantar, le ofrecieron un asiento á su lado, honor que hasta entonces nadie habia conseguido en aquella córte.

Todas las miradas se fijaron en aquel hombre inspirado, que Dios habia elegido para levantar el velo del Océano.

En sus facciones se buscaba el signo visible de su sabiduría y todos creian verle.

El sentimiento íntimo de su valor, unido á la piedad hácia Dios que le habia escogido entre todos para llevar á cabo aquel grandioso descubrimiento, la gratitud que sentia hácia los soberanos que tantos honores le dispensaban, le convirtió en aquellos momentos á los ojos de todo el mundo en un ídolo.

Colon con voz elocuente, con inspirada riqueza de palabras, con un colorido indescriptible, refirió á los soberanos y á la muchedumbre que le escuchaba atenta su viaje, los descubrimientos que habia hecho, los paisajes que habia visto, los habitantes de aquellas tierras que habia encontrado, los frutos, las aves, en una palabra, todo cuanto habia visto, y en presencia de los asistentes, que eran muchos, exhibió los indios, que estaban asombrados sin poder darse cuenta de tanta grandeza, ofreció á las ávidas miradas de todo el mundo las grandes cantidades de oro que habia traído del Nuevo Mundo, y fué tal el efecto que produjeron sus palabras, que lo mismo los reyes que los cortesanos y los pecheros sintieron inundarse sus ojos de lágrimas de gratitud hácia Dios, y cayendo de rodillas entonaron un solemne *Te Deum* en honor de la más grande victoria que el Todopoderoso habia concedido hasta entonces á los soberanos de la tierra.

Terminada aquella régia entrevista, Colon se retiró acompañado de toda la corte, siendo objeto de nuevos vitores y aclamaciones.

Todos sus antiguos amigos estrecharon su mano.

Allí estaban el cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza, Fray Diego de Deza, Santangel, Quintanilla.

Pero Colon habia buscado con avidez entre los servidores de palacio un rostro que deseaba ver con ansiedad.

No habia podido hasta entonces preguntar á nadie, porque la atencion estaba completamente absorbida

por su llegada, por el descubrimiento del Nuevo Mundo y los objetos que de él llevaba.

Sólo al retirarse en compañía del arzobispo de Toledo preguntó á este:

—¿Y mi hijo?

—Vuestro hijo os espera en mi casa. Allí á solas, léjos de las miradas de todo el mundo, podreis entregaros á la ternura que os inspira su amor.

Acelerando el paso llegó á la morada del arzobispo; allí le despidieron todos con nuevas aclamaciones, y el inmortal Colon halló bajo aquel techo hospitalario una dicha mucho mayor que todas las que habia experimentado desde su llegada á España; mucho más, grande que la que habia producido el entusiasmo de los catalanes aquel dia; la dicha de estrechar en sus brazos á su hijo y confundir con él sus lágrimas dando gracias á Dios porque le colmaba con tantos beneficios.

El arzobispo estaba á su lado.

—Son tantas,—dijo Colon,—las mercedes que debo á la Providencia, que despues de cumplir todos los votos que he hecho, quiero hacer otro aún. Si me ayuda como hasta ahora, pronto serán inmensas mis riquezas. Dentro de seis ó siete años á lo sumo ofrezco armar un ejército de cuatro mil caballos y cincuenta mil peones para formar una cruzada y arrebatár de manos de los infieles el Santo Sepulcro. Los reyes saben que este es mi deseo. No quiero más medios que los que la Providencia me ha dado, porque no hay duda, si me ha abierto el camino hácia ese te-

soro desconocido para todo el mundo, es porque en sus altos designios me ha escogido para que lleve á cabo esta mision religiosa en la tierra.

Y, sin embargo, la maledicencia aceraba ya su envenenado puñal para herirle.

¡Al final del camino de la gloria le aguardaba un calvario!